

Cultura, política, subjetividad. Un estudio de caso

Caletti, Sergio Rubén; Muñoz, Eda C.; Cabrol, Carina I.; Gauna, Juan P.; Rigotti, Sebastian M.; Schaufler, María L.; Passerino, Leila M.; Fernández, María F.

AUTORES: Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos (Paraná, Entre Ríos, Argentina)

CONTACTO: carina_m@arnet.com.ar

Introducción

En este trabajo presentamos una apretada síntesis del proyecto de investigación *Cultura, política subjetividad. Un estudio de caso*. De algún modo también, constituye el punto de llegada en una línea de estudios iniciados en 1994¹, que va desde los problemas de la configuración del espacio público hasta la producción de subjetividad. En efecto, el proyecto inmediato anterior estuvo dedicado a la conceptualización del espacio público como lugar (comunicacionalmente constituido) de despliegue de las relaciones propiamente políticas de los distintos “actores sociales” con los institutos especializados de gobierno del estado, así como –en el otro caso– en la indagación en las formas de distanciamiento/desconocimiento que los nuevos actores erigen respecto de lo que estos institutos emblemizan. En éste, hemos trabajado sobre la constitución de los sujetos de la política, aventurando algunas conjeturas que intentamos precisar a través de un trabajo de campo, a saber, y de modo central, que *la constitución y la intervención política de los sujetos resultan de procesos guiados antes por identificaciones afectivas, imaginarias, que a su vez encuentran su argamasa en el tejido cultural de una presunta comunidad, que por itinerarios de la racionalidad*. Dicho en breve, este aspecto es el que nos propusimos rastrear esta vez, mediante entrevistas en profundidad, tomando como referencia algunos procesos recientes como el conflicto de 2008, marcado por el significante “campo”, que fue tema excluyente de la agenda política durante 126 días.

Asumiendo como puntos de partida las conclusiones a las que se habían arribado en recorrido en el que se inscribe éste, exploramos articulaciones conceptuales entre distintas vertientes teóricas, principalmente el marxismo, el psicoanálisis y las disciplinas del lenguaje, un diálogo que en las últimas décadas vienen explorando algunos pensadores relevantes, tales como Louis Althusser, Michel Pêcheux, Ernesto Laclau, Slavov Žižek, Yannis Stavrakakis, y Armando Sercovich, entre otros.

Puntos de partida teóricos

Las conclusiones desde las que partimos en esta indagación y que dan sostén a este interés pueden sintetizarse del siguiente modo. La instancia del discurso –esto es, la de la producción de significaciones sociales– es crucial para la vida política. Es en términos de significaciones inscriptas en un horizonte de sentidos que los hombres litigan por lo futuro, por lo que aún no es y empeñarse en marchar hacia ello. La instancia del discurso se inviste, por ello, de características excepcionales: en y por ella, a la vez, se nombran las cosas del mundo, se reconocen las cosas nombradas, se pugna por cambiar estas relaciones de reconocimiento, se promueven, sostienen y proyectan relaciones de sentido, se hace mundo el futuro que todavía no es. Esta excepcionalidad se imbrica, pues, con que en su superficie se procesan tanto operaciones de subjetivación como operaciones de objetivación.

Este doble aspecto del universo del discurso invita a preguntarse por si es posible indagar en los modos en los que estas operaciones tienen lugar, sus especificidades, sus diferencias. En este marco, nuestra hipótesis, que ya adelantamos y que trataremos de sustentar. A saber: *el universo del discurso es, por definición, la articulación de otras instancias de la relacionalidad subjetividad/objetividad; se articula en él la instancia de lo imaginario (registro decisivo de las relaciones de subjetivación), presente en cada operación enunciativa cuya multitud (anónima, colectiva, constante, abierta) precipita en los que con justicia denominamos “discursos sociales”.*

En segundo lugar, exploramos la posibilidad de entender la esfera de la práctica como una designación que privilegia los procesos de objetivación. *En este universo del discurso, al tiempo que la instancia de lo imaginario, se articulan también operaciones que apuntan a cerrar esta creatividad social, a dar por instituido un nombre a las cosas y hacerlo con tal voluntad de fijación que borre la operación designativa y convierta al nombre en, casi, emanación de la cosa misma, su sustituto transparente y natural.* Este segundo tipo de operaciones que se registra sobre la superficie del discurso es efecto de las relaciones de poder que circulan en ella, están estrechamente asociadas a lo que (desde Althusser en más) se ha convenido en denominar “ideología” y su eficacia resulta de su condición de compromiso con las relaciones *prácticas* que los hombres mantienen entre sí, llámeselas si se quiere “relaciones sociales de producción” o relaciones materiales de existencia, relaciones político-culturales de dominación, etc. Esta incidencia de las operaciones ideológicas en la superficie del discurso es responsable de que en ella se cumplan, junto a las relaciones indeterminadas de subjetivación y en tensión permanente con ellas, relaciones determinadas de objetivación.

No pretendemos de ningún modo insinuar cesuras entre estas diferentes instancias. Por el contrario, lo común será afirmar, también aquí, su entrelazamiento y, sin embargo, su irreductibilidad última. Dicho de otro modo: no hay “clases” de relaciones capaces de ser etiquetadas como unas u otras, en estado de pureza o próximo a la pureza. Son momentos y distinciones analíticas y como tales deben conservarse. Pensamos, por cierto, que hay distintas esferas de la vida social donde tienden a predominar unas u otras. Diremos, por ejemplo, que en las esferas del amor o del arte, tienden a predominar las relaciones imaginarias de subjetivación. Diremos que en la esfera del trabajo o de la ciencia tienden a predominar las relaciones de objetivación, prácticas o de conocimiento. Diremos también que en la esfera de la política, por excelencia, se articulan ambas formas de relacionalidad. Entiéndase ahora en qué sentido afirmamos previamente que el problema de los sujetos debía situarse en sus distintos plexos pragmáticos de constitución y despliegue, y en qué sentido señalamos que sus términos debían encuadrarse en el más amplio campo de la producción de subjetividad.

Hay en las Ciencias sociales una tendencia a *politizar* la cultura, esto es, a problematizar en términos políticos las formas de la relacionalidad en los ámbitos de la vida privada/cotidiana. Aquí podemos señalar, por ejemplo, los esfuerzos de los estudios de género, como una de las tematizaciones más significativas en este orden. Nuestra preocupación empero va en dirección opuesta: lo que intentamos es “culturalizar” la política, valga el juego de palabras, indagar las matrices culturales, las relaciones imaginarias que se articulan en los procesos de lucha política. En este caso, partiendo de procesos que ponen en visibilidad una acción colectiva, una discursividad política, nuestro esfuerzo será rastrear, reconstruir las matrices culturales que las sostienen.

En cuanto a las articulaciones teóricas privilegiadas, como ya señalamos, en general, las relaciones política-cultura se han estudiado desde diferentes perspectivas. Una de ellas, a partir de los trabajos de M. Foucault, haciendo foco en el problema de la gran extensión y densidad de las relaciones de poder. En otra vertiente, desde los Cultural Studies, han sido pensadas en términos de que la cultura es política, es decir la dimensión de lo personal como político, por caso los estudios feministas. Es decir, operaciones todas que permiten ver cómo en las relaciones familiares, afectivas primarias, se juegan vínculos que en última instancia dan cuenta de la politicidad de estas relaciones en el campo de la

cultura. Lo que no se hace es lo inverso; es decir, en el análisis cultural de lo político, leer cuáles son las huellas, cuál la presencia de matrices culturales, de significaciones patrimonio de la comunidad hermenéutica discursivas, que marcan la política. Esta preocupación nos ha puesto en el plano teórico, en el terreno de “lo imaginario”. En esta dirección, hay tres fuentes teóricas que resultan insoslayables, a saber, Sartre, Lacan y Castoriadis. Las tres constituyen elaboraciones considerablemente independientes y también distantes entre sí aunque hay en los tres autores una cierta zona común. Nos referimos a la instancia por excelencia productiva de la subjetividad, en el plano de lo singular y de lo colectivo, que se caracteriza, al menos, por tres elementos que nos resultan de especial interés aquí. A saber, los que denominaremos *prediscursividad*, *creatividad*, *implicación proyectiva del mundo*. Prediscursividad, porque abre los horizontes del sentido desde “antes” de la irrupción del orden de las significaciones en tanto ley, en tanto representaciones codificadas. Creatividad, porque –para tomar el giro castoridiano– tiende a instituir lo que antes no estaba en parte alguna. Implicación proyectiva, porque los horizontes que dibuja tendrán por definición (podría decir Sartre) una carga intencional, en su acepción fenomenológica, esto es y en nuestros términos, darán cuenta de la subjetividad que se construye imaginándolos.

Por estos atributos resulta lícito pensar en el plano analítico la oposición de la noción de imaginario al concepto de ideología, que podría caracterizarse, a su turno, por lo representacional, repetitivo, y destinado a implicar el orden de mundo que nos inscribe en sus términos. Pero en el plano de los procesos históricos concretos, ambos dispositivos (de la subjetivación, de la objetivación) se enmadejan al infinito. El orden de lo imaginario ofrece el suelo y el horizonte del sentido en cuyas generales las representaciones establecerán articulaciones significantes eficaces y apuntarán a regular las relaciones sociales de fuerza.

Sin embargo, las elaboraciones realizadas por Michel Pêcheux sobre la base de las indicaciones de Jacques Lacan, así como también el trabajo de L. Althusser en relación con ideología, para una conceptualización de las “formaciones imaginarias” como condición de producción de las formaciones discursivas en la vida social², ofrecen una herramienta indispensable para repensar esta punto nodal de la articulación entre marxismo y psicoanálisis, desde los problemas del discurso.

Vale la pena retomar aquí las principales hipótesis que orientaron el trabajo, a saber que asociamos la noción de sujeto a la idea de producción de subjetividad, caracterizada principalmente por: (a) la relacionalidad; (b) la reflexividad; (c) el descentramiento; (d) su vinculación a las relaciones de sentido; (e) su privilegio al lenguaje indiciario. En el marco de estas consideraciones (que forman parte, asimismo, de la elaboración que nos ha permitido el desarrollo del Proyecto de Investigación precedente), añadimos a esta caracterización la que es propia de las subjetividades políticas. El sujeto de la política es aquel que, amén de lo dicho, condensa y encarna una subjetividad socialmente extendida (concentrada o dispersa) dándole trámite político, esto es, convirtiéndola en materia de un contencioso sobre el futuro común que busca inclinar a su favor.

Para que ello sea posible, debe desenvolverse en el espacio de lo público, y volver de resonancias generales lo que es particular. La segunda de estas características es sólo posible a través de la primera, la cual, sin embargo, no conduce por sí misma necesariamente a esta segunda. Las intervenciones que tengan lugar en el espacio de lo público por parte de aquellas figuras que encarnen y condensen la aludida subjetividad socialmente extendida serán por definición capaces de *construir representación*.

Esta construcción es posible en la medida en que unas ciertas formaciones culturales se ponen fuertemente en juego permitiendo la proliferación de protorrelatos, de fragmentos de una mitología nunca del todo enunciada, pero sí aludida y comprometida en relaciones colectivas de identificación. Tomamos prestado del psicoanálisis el término *fantasma* para designar estos protorrelatos que organizan y cohesionan los resortes, tanto imaginarios como ideológicos, que dan base y sentido a las intervenciones de los sujetos políticos concretos. En la historia argentina reciente es posible advertir el papel de formaciones culturales de esta índole en, por ejemplo, lo que cabría pensar como trazas de

una relativamente nueva subjetividad política, caracterizada por la desesperanza y la desesperación ante la exclusión y que se vuelve extremadamente visible a lo largo de los años 2001/2002 (y quizá desde Cutralcó y Tartagal). Pero más allá de los clisés de “nuevos sujetos” a los que dio lugar, por ejemplo, el movimiento piquetero o el movimiento asambleario en la ciudad de Buenos Aires, en cada coyuntura de relieve, en cada “escena” de una historia política nacional, es posible registrar la emergencia de colectivos de identificación que, por medio de la voz de actores más o menos lúcidos, más o menos afortunados, se hacen presentes amalgamando tradiciones culturales subterráneas, en el mismo movimiento de su intervención en el espacio público.

Hipótesis de trabajo

En este sentido, el presente Proyecto se propuso avanzar en la indagación de los modos en los que los ciertos basamentos culturales de la vida comunitaria se convierten en elementos de una identidad y armas de una intervención política a través de la configuración de una subjetividad política.

Para cumplir con esta indagación, hipotetizamos que una configuración de esta índole tuvo lugar en Entre Ríos y Santa Fe, entre otras regiones del país, a partir del conflicto desatado en marzo de 2008 entre el llamado “campo” y el gobierno nacional, comprometiendo en su forja a los pequeños y medianos productores y arrendatarios del agro, y a relativamente amplios círculos de las capas medias urbanas y rurales, las cuales establecieron una identificación con estos actores directos a través de un “fantasma” compartido, enhebrado a través de microrrelatos y emblemas que evocaron y evocan el papel de los chacareros en el desarrollo económico y cultural de la región, de una serie de rasgos identitarios (la honestidad, el trabajo y el esfuerzo, el amor a la tierra, la tradición de los colonos que se hicieron desde abajo, etc.) potenciándolos en una resemantización de fuertes cargas políticas que dieron soporte a los dirigentes de las entidades patronales del agro al punto de fusionarlas con la idea de “patria”.

El objetivo general fue avanzar en el análisis y conceptualización de las relaciones entre cultura y política y, en particular, en los modos en que las matrices culturales de una comunidad dan o pueden dar sustento a las formas de intervención política de sectores de ella, a través de dispositivos afectivos de identificación que incluyen las dimensiones imaginarias con que las que estos sectores se conciben y definen a sí mismos en una situación histórico-política concreta.

Los objetivos particulares pueden resumirse del siguiente modo:

- a) Recoger los fragmentos de un posible relato de la propia identidad entre los sectores que participaron en el conflicto marzo/julio de 2008 y entre los sectores que simpatizaron con esta participación.
- b) Reconstruir las formaciones discursivas en los que estos enunciados se entrelazaron y detectar los objetos que construyeron. Y
- c) Analizar las vinculaciones imaginarias entre las formas vividas de la identidad y las alternativas de un posicionamiento o de una intervención política en la coyuntura.

El abordaje metodológico puede indicarse a través de las principales decisiones teórico-técnicas que adoptamos. La primera, en relación con la perspectiva teórica, fueron primordiales los enfoques propios del análisis del discurso, en la clave que iluminan Michel Foucault por una parte y Michel Pêcheux por la otra. Como es sabido, en el caso de Pêcheux, sus herramientas para el análisis del discurso han sido elaboradas con particular atención a los recursos metodológicos e interpretativos que, a su vez, brinda el psicoanálisis.

Diseño y decisiones teórico metodológicas

En cuanto a las operaciones técnico-metodológicas, el trabajo de campo se organizó adoptando una primera decisión sobre el aspecto territorial. Las dos provincias seleccionadas de antemano, Santa Fe

y Entre Ríos, tienen que ver no sólo con el lugar de radicación de este proyecto sino con el papel que jugaron en 2008 como “escenarios” de las protestas, los cortes de ruta de Gualeguaychú (Entre Ríos) y de la localidad de Armstrong (Santa Fe), además del despliegue de sendos actos multitudinarios, en momentos claves del desarrollo del conflicto en la Ruta 14 (ER) y en el Monumento a la Bandera (SF).

Esta decisión se justificó luego, mediante un trabajo exploratorio sobre los perfiles productivos y culturales según el cual, en un análisis comparativo, ambas provincias presentan realidades culturales singulares, mientras que Santa Fe es la tercera provincia en producción de soja, luego de Buenos Aires y Córdoba (entre las tres producen el 90%), Entre Ríos está entre las que menos producen la oleaginosa³. Asimismo, conforme a los datos del Censo Nacional 2010, aunque la tendencia dominante es la concentración de población en áreas urbanas, Entre Ríos tiene mayor cantidad de población rural aislada que Santa Fe.⁴ De allí la necesidad de mantener el *Criterio territorial* para la toma de las entrevistas, trabajando de manera paralela e independiente cada territorio para la construcción de la muestra.

El estudio exploratorio sobre el perfil productivo nos permitió, además, reconstruir en grandes trazos las modalidades de la producción granífera actual y, en consecuencia, se adoptaron criterios para la conformación de doce perfiles generales de sujetos a entrevistar. En ese sentido, además del criterio territorial, se adoptó un *Criterio genérico*, a saber, evitar la entrevista a actores estrechamente vinculados con el conflicto de 2008, como dirigentes rurales, y buscar “gente común”, atendiendo a que todos los entrevistados tuvieran un vínculo significativo con “el campo”, entendido como el trabajo productivo en la tierra. Denominamos *Criterio ruralidad-urbanidad* a la decisión de atender al lugar de residencia, en la ciudad o en el campo. La importancia de esta distinción es que los medianos y grandes productores, suelen vivir en las ciudades. Acordamos asimismo adoptar un *Criterio generacional: Joven/mayor*, atendiendo a que no se trata de una categorización etaria en el sentido convencional, sino que intenta establecer una distinción “generacional” que juzgamos necesaria respecto de los procesos de transmisión cultural relativos a los “modos de trabajar”. En ese sentido, a partir de las transformaciones sustantivas en este sector productivo, consideramos un *Criterio de modalidad productiva*, el vínculo con el trabajo del campo puede ser el de labrar su propio campo o mediante arriendo. Finalmente, incluimos un *Criterio de relación laboral* ya que hay personas que no son propietarios de la tierra (ni que la trabaje por su cuenta ni que sea arrendador) y tampoco son arrendatarios, pero que trabajan en el campo o en relación con él. Aquí debemos hacer algunas especificaciones respecto de quiénes están comprendidos: (i) las personas que tienen una relación de dependencia laboral, los peones rurales (puesteros incluidos), los que operan máquinas agrarias; (ii) aquellos que prestan servicios profesionales a la actividad agropecuaria, tal y como lo hacen ingenieros. Mediante informantes clave, se buscó la identificación de los casos concretos que respondieran al perfil seleccionado. El trabajo consistió, pues, en la realización de 24 entrevistas en profundidad, 12 en cada provincia.

Distinción entre vivencias y opiniones

La decisión preliminar fue la de entrevistas en profundidad, no estructuradas. Ahora bien, sabíamos desde el inicio que no se trataba de *opiniones* aquello que nos proponemos buscar, tales como las que pueden ser fácilmente brindadas en entrevistas breves y más o menos dirigidas, sino por el contrario, se trata de permitir la emergencia de *vivencias*, nexos, imágenes, horizontes de sentido que pueden estar subtendidos en una amplia variedad de relatos sobre la propia vida. Parte del trabajo teórico consistió en un examen exhaustivo de esta diferencia.

En efecto, opinión y vivencia constituyen tipos de enunciados diferentes, en la medida que en los últimos, se encuentra aludido algo del orden de la afectividad, más que en los primeros⁵. En su texto *Historia y Crítica de la Opinión Pública*, Jürgen Habermas explica que la palabra latina *opinio* es traducida al inglés y al francés como *opinion*, dando lugar al encuentro de dos significados: la opinión como

juicio incierto o no completamente probado (a); y la opinión como reputación cuestionable por los demás (b). Habermas afirma que, por un lado, la palabra conlleva la opinión colectiva; y que, por otro, los dos significados están en contraposición a la racionalidad pretendida por la opinión pública (Habermas, 1986). Ambas cuestiones dan a entender el carácter social de la *opinion*.

Por su parte, H. G. Gadamer atiende a dos significados contenidos en *Erlebnis*: por un lado, se trata de la *inmediatez* que sirve de sustento a todo tipo de interpretación o posterior reflexión; por otro lado, refiere al *resultado permanente* de esa inmediatez. La *vivencia* tiene una relación inextricable con la *vida*, con aquello vivido por cada uno y que no puede olvidarse, sino que se “recuerda”, es decir, que se lleva en el corazón. Gadamer concluye que aquello “(...) que vale como vivencia es algo que se destaca y delimita tanto frente a otras vivencias (...) como frente al resto del decurso vital” (Gadamer, 2007: 103), resultando así que

(...) lo específico del modo de ser de la vivencia es ser tan determinante que uno nunca puede acabar con ella. (...) Lo que llamamos vivencia en sentido enfático se refiere pues a *algo inolvidable e irremplazable*, fundamentalmente inagotable para la determinación comprensiva de su significado (Gadamer, 2007: 104 –el subrayado es nuestro–).

Precisamente lo inolvidable es lo que se lleva en el corazón, lo que se recuerda, aquello a lo que hacemos alusión cuando hablamos de *afectividad*, algo que escapa al *lógos*, que refiere a algo vivido inmediatamente por uno, y que es el piso desde el que se lleva adelante toda mediación reflexiva racional. Incluso, en ocasiones, es un piso que *permanece no reconocido*.

Significaciones y afectividad: una conjunción posible entre marxismo, psicoanálisis y semiótica

En este punto cabe detenernos a fin de precisar mejor esta idea bocetada en trabajos anteriores, acerca del valor heurístico del registro imaginario para pensar las tensiones entre la producción de subjetividad y la producción de lo social⁶. Dicho trabajo se inscribe en la intersección teórica del marxismo con el psicoanálisis, retomando y profundizando las apuestas ofrecidas por Louis Althusser y Michel Pêcheux, en las que se hacen visibles los problemas del discurso y la ideología. Ahora bien, como advierte el trabajo de S. Caletti, avanzar en esa dirección requiere encarar con renovado empeño el diálogo entre estas teorías y el campo de la semiótica. En ese sentido es que vale retomar algunos trabajos que comparten esta preocupación.

En diálogo crítico con el concepto althusseriano de ideología, A. Sercovich sostiene que “(...) es posible definir un *proceso ideológico* como un complejo de relaciones interactivas entre determinadas *formaciones semióticas* y *lo imaginario individual*” (Sercovich, 1977: 44), lo que abre el abanico para reflexionar acerca de las imbricaciones de las cuestiones propias de la semiótica, del psicoanálisis y sociológicas para pensar la operación ideológica en tanto constitutiva de los procesos de identificación.

Así pues, para pensar la constitución de las identificaciones resulta fecundo detenerse en las relaciones imaginarias que dan lugar a la conformación de determinados lazos sociales. En palabras de Sercovich, “*La relación imaginaria* puede ser comprendida así como una *conexión entre lo imaginario discursivo y el componente afectivo de los fantasmas en el psiquismo*” (Sercovich, 1977: 53). Es que a partir de un abanico de imágenes, fantasías, mitos y relatos –que nos habitan de modo inconsciente– será posible la composición de relaciones que se articularán con lo real y lo simbólico, dando lugar a un orden cultural dominante y a una determinada producción de subjetividad.

Si se retoma el planteo de Sigmund Freud, se advertirá que todo proceso de identificación opera desde el investimento libidinal que hace posible establecer un *nosotros* y un *ellos*. Aquí los instintos

libidinales darán lugar a determinadas identidades compartidas, atravesadas por amores y odios; como advierte Sercovich:

“Para Freud, las inscripciones estructuradas a distintos niveles (representaciones, fantasmas, complejos, fantasmática global del sujeto) contienen –como el signo– dos aspectos: el componente representacional y *el afectivo*. La adhesión designa, en este trabajo, la correlación entre ciertos elementos de un discurso y el componente pulsional de los fantasmas” (Sercovich, 1977: 72 –el subrayado es nuestro).

Sercovich incluso amplía esta relación cuando sostiene que

(...) en la teoría psicoanalítica. Las representaciones se encuentran unidas a los *afectos* o, en otras palabras, están “cargadas” por un quantum afectivo de *placer, displacer, angustia, odio*, etc. Los *afectos* unidos a las representaciones se desplazan de unas a otras en un movimiento permanente. (Sercovich, 1977: 52 –el subrayado es nuestro–).

Se aprecia entonces cómo el psicoanálisis amplía el horizonte de estudio para la semiótica, al incorporar a los elementos de análisis de los discursos sus vínculos con el deseo. Como mencionamos anteriormente, esta articulación pone sobre la mesa diferentes posibilidades para las reflexiones científicas y teórico políticas, así como también a un sinnúmero de aplicaciones varias.

Desde otro lugar, y en un trabajo reciente que recupera los desarrollos de Laclau y Mouffe, Y. Stavrakakis dirá que después de Freud los especialistas en propagandas advirtieron eso:

En los años cincuenta, luego de haber comprendido paulatinamente que la verdadera sujeción se establece mediante lazos emocionales y no a través de la argumentación racional, la industria publicitaria comenzó a adoptar técnicas de indagación motivacional (Stavrakakis, 2010: 261).

Se apreciará la complejidad del planteo a medida que nos alejamos de los términos estricta y exclusivamente racionales para estudiar las significaciones en su dimensión afectiva. Por ello

(...) es necesario distinguir inicialmente entre la acción de comprender algo y el hecho de *adherir* a lo que se comprende. En otros términos, entre el dominio de la reflexión o la racionalización, cuyo protagonista es el “yo”, y el de los fantasmas y el deseo constitutivos de lo imaginario inconsciente (Sercovich, 1977: 71 –subrayado en el original–)

Como se ve, es necesario mantener las distinciones, no obstante Sercovich advierte, incluyendo una cita de Freud, que:

Recordemos que para Freud las fantasías no reconocen fronteras tópicas: “[...] nos encontramos con las fantasías inconscientes del histérico y las fantasías conscientes del perverso”. De esta manera, la relación del discurso con los afectos excede los límites tradicionales entre lo consciente y lo inconsciente (Sercovich, 1977: 72).

Si sobreviene la pregunta por cómo se inscriben los discursos en el sujeto y qué ocurre con lo consciente y lo inconsciente, una primera respuesta puede ser la que ensaya Sercovich:

De esta primera hipótesis [la referida antes] se desprende una primera conclusión: los discursos se inscriben en el sujeto siempre doblemente. Esta doble inscripción, consciente e inconsciente, presenta a su vez dos aspectos; por una parte, lo ideológico discursivo extiende su eficacia tanto a la región de la conciencia (“registro imaginario”) como a la dimensión pulsional de los contenidos inconscientes, y por

otra, se vincula con los fantasmas o, en otros términos, con uno de los aspectos del universo imaginario subjetivo, en cualquiera de los niveles del aparato psíquico (Sercovich, 1977: 72).

Las identidades compartidas de las que hablábamos anteriormente, nunca logran la completud. Siguiendo a Caletti, introduciremos el concepto de *fantasma* para dar cuenta de cómo se conforman los lazos sociales:

Hablaremos de fantasma para aludir a la contracara de esta unidad recuperada, contracara que –la plenitud ilusoria– mete bajo la alfombra. Desde su secreto, el fantasma empero organizará los marcos de sentido en los que se moverá la identidad unitariamente reconstituida (Caletti, 2009: 181).

Esos marcos de sentido tendrán directa relación con las matrices culturales. Además Stavrakakis remarcará que el dispositivo fantasmático es el que permite un goce parcial que moviliza a los sujetos y los relaciona de determinada manera, y recordará que: “(...) la promesa imaginaria de recuperar nuestro goce perdido/imposible es el origen principal del soporte fantasma que sostiene muchos de nuestros proyectos y elecciones de índole política” (Stavrakakis, 2010: 224).

Si se entienden de este modo las identidades compartidas se advertirá el por qué de determinadas configuraciones sociales en los procesos políticos. En esta dirección, Stavrakakis hace suyo el enfoque de Jacques Lacan para ver en el concepto de goce (*jouissance*) lo que anima el deseo humano, y Slavoj Žižek hablará de una relación compartida en las comunidades donde el goce es encarnado por referencia hacia una “cosa” que es estructurada mediante fantasías. Esas fantasías, dirá Stavrakakis, tienen a su vez su raíz en la *jouissance* del cuerpo. Tanto el autor esloveno como el griego mencionan como ejemplo el nacionalismo, en tanto terreno fértil en el que se hace visible la dimensión afectiva de los lazos sociales, que pueden tornarse hostiles hacia los “ellos” que constituyen “lo extranjero”.

Siguiendo esta clave de análisis es que hemos intentado rastrear el costado afectivo de las identidades políticas surgidas en torno al conflicto por las retenciones móviles en Argentina, que enfrentó al sector agropecuario con el Gobierno en 2008. En este caso sería la búsqueda de un goce aparentemente arrebatado lo que contribuye a vertebrar el “estamos con el campo” –entre otras consignas esgrimidas– que se plasmó en la emergencia de sujetos que cortaron rutas y se manifestaron a favor del sector agropecuario. Es posible leer el Conflicto en el marco de la lucha ideológica de clases, donde se da la puja por las desigualdades evidenciadas por una puja de intereses y por las relaciones de subordinación puestas en juego: Es “(...) la división misma en regiones (...) y las relaciones de *desigualdad-subordinación* entre esas regiones lo que está en juego en la *lucha ideológica de clases*” (Žižek, 2008: 159).

Siguiendo a Pêcheux, Caletti sostiene que “el universo del discurso” es la zona donde la experiencia social pone en acto la producción de sentido –las disputas por la significación– y, en consecuencia, procesos de subjetivación y de objetivación. La instancia del discurso, dirá, es decisiva para la vida política en la medida que supone no sólo la posibilidad de nombrar las cosas del mundo, sino también litigar por el futuro, pugnar por reconocimientos. Tales posibilidades del discurso se explican, desde su punto de vista, por la intervención entrelazada –dice– de la instancia de lo imaginario (lo instituyente) y la práctica ideológica (lo instituido).

Su argumentación logra demostrar el lugar que ocupa la imaginación en ese territorio y el valor heurístico de una conceptualización más precisa que pueda explicar las condiciones bajo las cuales se despliega –discursivamente– la vida social y deja planteado un interrogante del todo central, a saber, *cómo es posible la eficacia práctica –ideológica– de la objetivación y, al mismo tiempo, y en tensión con ello, la transgresión-transformación, que él ubica en la subjetivación*. Caletti sugiere que la categoría semiótica de *indicio*, tal como la fórmula Peirce, resulta una pista teórica fértil para avanzar en la elucidación conceptual de tal entrelazamiento.

Algunos puntos nodales de una matriz cultural relativa a “el campo”

“Todos somos el campo”, “Estoy con el campo”, fueron consignas producidas en el desarrollo del conflicto de 2008. El significante *campo* mostraba así una magnífica capacidad de unificación, articulando diferencias incluso antagónicas. Nuestra hipótesis es que en él se expresa un *locus* fuerte de las identificaciones individuales y colectivas de Argentina, antes que la sola unión transitoria de intereses sectoriales, como explicación del conflicto.

En efecto, con el psicoanálisis hemos aprendido que la construcción de la realidad, la ilusión de un mundo como un todo bien estructurado, no sería posible sin la intervención de este elemento fantasmático [Registro Imaginario]” (Stavrakakis, 2008: 100). La realidad que se nos aparece y nos interpela, es una cadena articulada de significantes alrededor del *point de capiton*. Siguiendo a Stavrakakis diremos que

Es evidente que lo que está en juego en la función del *point de capiton* es la fijación [siempre parcial] de una construcción discursiva dada, la inclusión en su cadena significativa de un conjunto de significantes especialmente privilegiados. Esa inclusión presupone una exclusión, es decir una significación de los límites de la realidad política (Stavrakakis, 2008: 122)7.

Si seguimos este razonamiento, diremos que tanto el significante que opera como punto nodal que articula una formación discursiva, como el significante que es excluido de la misma, deben ser entendidos como significantes vacíos. Así pues, el *point de capiton* funciona como un *objet petit a*, en tanto se lo hegemoniza como absoluto y se lo inviste (libidinalmente) como aquello que hace posible el cumplimiento de la promesa del goce total.

A partir de lo dicho, entonces, entendemos que los procesos de identificación son posibles, por un lado, debido a las matrices culturales que se han sedimentado a lo largo del tiempo; y, por otro lado, por el acceso de lo político, en tanto disrupción del orden presente. Así pues, la fractura de la realidad produce que se reacomoden las formaciones discursivas a partir de las que los actores sociales significan el mundo. Ese resquebrajamiento es la ocasión en la cual se disputan las significaciones. Allí mismo, esa lucha por hegemonizar distintos significantes –no todos, sino los que en ese momento son importantes por ser objeto de la disputa– es la que da lugar a las intervenciones enunciativas en el espacio de lo público. Allí se configuran nuevos procesos de identificación. Por ello, consideramos importante tomar algunos de esos significantes para mostrar de qué modo se lo significa. Esa operación nos va a remitir a la matriz cultural que hace posible esa hegemonización.

Los procesos de identificación se afianzan o bien cambian radicalmente, se continúan en el tiempo o se quiebran en discontinuidades, porque las relaciones fantasmáticas que sostienen armoniosamente esos procesos de identificación tienen una raíz afectiva (no sólo racional): se “(...) requiere la movilización y estructuración del afecto y la *jouissance*” (Stavrakakis, 2010:193) para mantener o para crear cualquier vínculo social estructurado simbólicamente. De esta manera, Stavrakakis sostiene que “(...) el aspecto simbólico de la motivación, de la identificación y el deseo no puede funcionar sin un soporte fantasma, y éste, a su vez (...) no se sostiene sin un soporte real en la *jouissance* (parcial) del cuerpo” (Stavrakakis, 2010:274). Por lo tanto, cada soporte fantasmático social que posibilita la constitución de procesos de identificación, conlleva relaciones de afectividad, siendo éstas afectividades sociales.

Las matrices culturales son un sedimento de discursos y prácticas que convoca, en una determinada escena política, a distintos actores sociales, que los acerca y zurce las diferencias que sus posiciones en la estructura social les producen, para hacer con esas diferencias otras identidades que enuncien aquello que les es propio. Los intentos de reconstruir una matriz cultural parten de indicios; a su vez, el rastreo de indicios se desprende de alguna hipótesis que permite abrir paso y conducir la exploración.

(I) El trabajo como punto nodal

En un ensayo sobre el concepto de trabajo, Horacio González dice “El trabajo aparece como la práctica creadora de lo social y de lo histórico mismo a partir de un ejercicio productor ante el mundo de la naturaleza” (González, 2011:14) y agrega que “el trabajo es una forma de imaginación”, pero advierte que

Cuando el trabajo es explotado, brutalizado convertido en foco de opresión, parecería que trabajo e imaginación son polaridades o términos totalmente enfrentados. Pero (...) aún en las condiciones más sufrientes del trabajo no dejan de ser lo mismo” (González, 2011:15).

En ese sentido, señala cómo bajo las condiciones de sufrimiento, emerge la creatividad de la lucha social contra la explotación bajo formas de organización sindical. El trabajo, en tanto actividad humana por excelencia, transforma tanto a la naturaleza como al hombre, ya que éste se ve implicado en un proceso de interacción que lo arraiga a esa tarea y, en el caso que analizamos, el trabajo rural, a la tierra misma. Asimismo, se establecen lazos comunicativos sobre los saberes que implica esa actividad, los cuales se reproducen en la cercanía familiar y en la proximidad de la comunidad. No se trata solamente de relaciones afectivas entre los integrantes, sino también que las propias actividades de sus integrantes implican aquella afectividad. Esta relacionalidad y sus implicancias afectivas se comunican de generación en generación, pudiendo sintetizarse en unas pocas palabras: “en la tierra está el pan” (citado en Ossanna, 2009: 57).

Así pues, el trabajo se visibiliza como un punto nodal que amarra significaciones con cierta historia en nuestro país. Desde este punto de vista puede comprenderse mejor, lo que Gras registra en un estudio sobre la producción agraria, entrevistando empresarios del sector, a saber que “el conflicto con el campo, perjudica a los que dan trabajo” (cf. Gras, 2010), o, como aparece en las entrevistas de esta investigación, la expresión “no nos dejan trabajar”, se sostienen en los significantes encadenados al campo, y que constituyen parte de una matriz cultural: esfuerzo, sacrificio, arraigo, inmigración, etc. en ese sentido, Balsa sostiene que

En el chacarero *se combinaban los elementos campesinos* (que traían los inmigrantes europeos devenidos en productores rurales pampeanos) *con sus expectativas de ascenso social, junto con las limitaciones, pero también las posibilidades estructurales y coyunturales que abría la pampa argentina* (...). La austeridad, el ahorro y la reinversión en maquinarias o en tierras (en arriendo, o eventualmente en propiedad) guiaban la economía familiar en la búsqueda de un lugar en la sociedad pampeana (Balsa, 2006: 73-74 –el subrayado es nuestro–).

Según el autor, “En la mayoría de las unidades chacareras, la familia constituía un equipo de producción en el que la mujer y los niños se encargaban, por lo general, de los bienes para el autoconsumo” (Balsa, 2006: 76). En numerosos casos las generaciones se superponían en una misma explotación. Los comportamientos familiares seguían a los de su país de origen, siendo el padre la cabeza indiscutida (sucedido por el hijo mayor varón). Existía una división sexual del trabajo, en la que las mujeres realizaban muchas tareas pero raramente en el campo. Las hijas tenían cierto tiempo libre (que ocupaban en la escucha de radio, la visita a los vecinos); mientras que los hijos varones colaboraban en las labores desde muy jóvenes, realizando tareas de hombre desde los 13 o 14 años. Los hijos, a medida que crecían, tenían tareas mayores y más responsabilidad. El trabajo físico era fundamental en la formación de los menores como futuros chacareros. Según Balsa, los niños internalizaban un estilo de vida duro y lo vivían de manera natural.

Luego de la crisis de 1929 se intensifica el trabajo familiar, ya que al bajar la rentabilidad se necesita disminuir los costos de la producción. Por ello, en las explotaciones, la mano de obra familiar reemplaza a la mano de obra asalariada. Este cambio en la producción obligó a los chacareros a

(...) realizar un duro aprendizaje e importantes inversiones. Esta reconversión productiva fue posible en parte por el papel educador que jugaron una serie de asociaciones que surgieron en este periodo como una necesidad de los pequeños productores de agruparse para superar los efectos de la crisis” (Ossanna, 2009: 44-45).

En tal sentido, la FAA impulsó instancias formativas del productor y del cooperativista, que implicaban charlas, conferencias y prácticas de trabajo en las cuales se compartían conocimientos y se mancomunaban esfuerzos. Así mismo las políticas estatales de educación rural y de promoción de la capacitación a través del INTA, dan cuenta de una imbricación singular entre educación y trabajo en el este sector.

Ahora bien, la modalidad de producción cambió sustantivamente a partir de la transformación tecnológica de los '90, y de procesos económicos que definieron una gran concentración de la producción en grandes empresas, en detrimento de la modalidad de producción familiar. A la luz de tales cambios, Balsa sostiene que los productores se *aburguesaron*, es decir, se trasladan a centros urbanos, dejan de lado la producción para autoconsumo y la austeridad en los gastos, mientras privilegian la educación de sus hijos en las escuelas urbanas, deseosos de que ellos tengan una formación universitaria; y se adaptan a las pautas de consumo de las clases medias y medias altas de las ciudades (Balsa, 2006). Se transforma el modo en que los productores se ven a sí mismos y la forma en que llevan adelante su actividad.

Ahora bien, con todo, las entrevistas permiten afirmar la persistencia de la relación familia- herencia- trabajo, en términos de un saber que se comunica para poder desempeñar el mismo trabajo, se anudan bajo los términos de una buena relación familiar. El vínculo del trabajo con la familia tiene varias aristas,

“Bueno, yo soy la tercera generación, o sea que me crié en el campo, con toda la relación que tiene el campo. Desde chico escuela primaria y bueno de ahí tuve que ir a la ciudad a hacer el secundario y bueno ahí me fui a estudiar, tuve la suerte de recibirme, soy Médico Veterinario, además y volví al campo ¿Por qué volví al campo? Porque, un deber moral de mi padre que gracias él ha mantenido mientras yo me fui a estudiar, él con años de bastante edad. Y uno tiene el anhelo que cuando uno se recibe quiere disfrutarlo con él y lamentablemente no fue así. Así que eso me dio más fuerzas para llevar adelante y mejorar la actividad que él siempre desarrolló que es el campo. (...) Siempre una de las cosas que también me quedó marcado cuando decía: ‘Nunca dejes solo el campo’, y bueno, entonces él era muy casero”.⁸

En la misma sintonía está el testimonio de un propietario, mayor, que vive en una ciudad de la costa del Uruguay:

“Mi viejo nos enseñó a trabajar, lo fundamental, y a respetar... (...). Nosotros en el campo hacíamos quinta, por ejemplo, plantábamos árboles frutales, criábamos gallinas para el uso doméstico, porque en aquella época no se vendía, no había quién las comprara, así que... hacíamos lo que era hacer la leña, todo lo que eran los trabajos del campo... y deschalar maíz por ejemplo, y bueno, cuando había que yo hice de todo, porque en el campo se aprende a hacer de todo, el que tiene voluntad de trabajar aprende a hacer cualquier cosa. Yo he aprendido a hacer cualquier cosa [se ríe]. (...) la intención nuestra siempre fue trabajar y producir pero no ser un terrateniente.”.⁹

En el trabajo suele ser presentado como parte “natural” de la vida en el campo,

“(…) *lo que más se hacía era trabajar... cuando yo nací*, en ese momento todavía se estaba trabajando con la cabaña, *una de las cosas que más aprendí* es sobre todo la parte de genética, la parte de selección, de todo lo que es trabajar con rodeo de hacienda, de ganadería. (...) En verano por ejemplo, que aclara más temprano, si tenés que trabajar con hacienda generalmente te vas a levantar a las cinco de la mañana porque te conviene trabajar cuando todavía el día está fresco, cuando no calienta tanto el sol. Por eso te levantas más temprano. Pero *siempre es algo natural en el campo levantarte y lo primero que hacés es tomar mate*, el mate amargo es algo que eso está siempre, y después sí, se sale a trabajar con hacienda, a trabajar con colmena, a trabajar con el trabajo que haya que hacer”.¹⁰

En este relato nuevamente está presente la relación del trabajo con el campo, la cual hunde sus raíces en el comienzo de la vida (“cuando yo nací”). Asimismo, se naturaliza la relación del trabajo en el campo con el inicio del día y con la costumbre de tomar mate (“siempre es algo natural en el campo levantarte y lo primero que hacés es tomar mate”). De esta manera, el trabajo se asocia inextricablemente a la vida cotidiana, no solamente a los días, sino también a las costumbres rituales. Pensamos que esta relación contribuye al fortalecimiento de la *jouissance* con la que se significa al trabajo en tanto punto nodal, pudiendo establecerse una diferencia afectiva respecto del *empleo*, trabajo asalariado, que se relaciona con el tiempo de manera *disciplinaria*: se regulan el espacio en el que se desarrolla la actividad y también el tiempo de la misma (duración de cada movimiento, extensión de la jornada, pago por horas extras, etc.).

La relación entre trabajo y saber en los testimonios de nuestros entrevistados, tiene más de un camino. Por un lado, la senda que articula los saberes que se aprendieron “en el campo”, es decir, aquellos que se comunican junto a la familia, que luego constituyen la biografía de la persona; y, por otro lado, el trayecto que se dibuja a partir del conocimiento científico y científico-técnico que se aplica en las actividades agropecuarias. Es recurrente la hacer referencia al trabajo y al “aprender a trabajar”, con distintos énfasis: “desde chico”, con el “querer aprender cómo se hacen las cosas”, una voluntad de dominio de la actividad a partir de un saber entendido como “pericia” para la siembra, para el cuidado de los animales, conociendo las enfermedades, o bien, habilidades técnicas para el cálculo de rindes o para optimizar la producción; “ser baqueano” para el arreo, para contar los animales, o para el manejo de la maquinaria, en la mecánica y también en relación con la tecnología digital, del mismo modo como el aprender a “ver de noche”; el aprender como transmisión de los mayores o solo, supone cierta audacia, “manejar el tractor desde niño”. Estos encadenamientos permiten inferir un cierto carácter épico, de proeza. Por otro lado, también aparecen fuertes referencias al saber experto profesional: ingeniero o veterinario. La importancia del conocimiento aplicado es reconocida en términos generales, aunque hay soterrada una cierta disputa alojada en la oposición campo-ciudad, relativa al saber hacer y el saber científico.

El saber del campo solamente necesita del universo del campo para justificarse a sí mismo. De esta forma, cuando el entrevistado afirma que “el ingeniero tiene su lugar” está diciendo que en el campo se le asigna una posición específica, porque tiene que jugar con las reglas que se le imponen. Pero la necesidad de aplicar conocimiento científico en las actividades del campo está asociada a la búsqueda de rendimientos, más que al placer del saber del que venimos hablando.

La diferencia fundamental radica en *quién* lo utiliza y con *qué fines*. Estas dos maneras de significar y vivenciar la relación entre el trabajo agropecuario y los distintos saberes, puede claramente resumirse en lo que nos dijo uno de nuestros entrevistados:

“*Esa es la diferencia entre ser un hombre de campo –aquél que nació y se crió en el campo– y un hombre con campo –aquél que tiene campo pero no conoce ni sabe manejarlo, sino que lo compró como una mera inversión*”.¹²

Finalmente, también podemos establecer otra relación entre el saber y el trabajo, la que se dibuja con la intervención de la enseñanza escolar en el ámbito rural. Entrevistamos a un director de una escuela rural del Departamento Federación, en Entre Ríos, que ocupa el perfil de prestador de servicios joven, que vive en la ciudad, pero que trabaja en el campo. Nuestro entrevistado nos señala que

“(…) hay cosas que no se pueden medir de la misma forma, o sea, el rol socializador de la escuela en el campo es admirable respecto de la reacción contraria que genera en la mayoría de las escuelas en la ciudad. *Cuando se habla de contención, por ejemplo, cuando hay un discurso relacionado con las políticas educativas, se hace mucha insistencia en el tema de la inserción, de la contención y demás. Bueno, en la escuela rural sólo pasa en realidad por el tema del transporte, porque después los chicos van gustosos a la escuela. Las familias gustosas llevan a los chicos a la escuela*”.¹³

La escuela rural no solamente enseña contenidos relacionados con las actividades agropecuarias, sino que también cumple el rol de incluir e integrar socialmente a quienes asisten. La familias rurales tienen en su horizonte de expectativas la educación de sus hijos, aunque nuestro entrevistado nos señala que

El abandono de la escuela, posibilidad latente según el testimonio de nuestro entrevistado, tiene relación directa con las actividades vinculadas al trabajo agropecuario. Las familias que envían sus hijos a las escuelas rurales, en su mayoría trabajan en el campo como peones o pequeños productores. De esta manera, los hijos colaboran en los quehaceres del campo, sea como ayuda del padre en su trabajo tanto como en ayuda de la madre en la producción para consumo familiar, por ejemplo. Así pues, el “fracaso” escolar, muchas veces producto del poco tiempo que los estudiantes rurales tienen para dedicarle a la escuela, está en relación con el trabajo del campo.

El testimonio de la entrevistada acerca de su trabajo hace años como maestra rural permite distinguir la relación mencionada anteriormente entre, por un lado, el tiempo que los chicos le dedican a la escuela, y, por otro lado, el tiempo que ayudan a sus padres. En el testimonio del director de escuela esta relación puede entrecruzarse como posible causa de la deserción, mientras que en las palabras de la entrevistada esa relación la lleva a afirmar que los chicos del campo son “tan sanos”, “queribles, realmente”, no están “enviciados”. Esto los transforma en gente especial, “Extraordinaria”, es decir, un encadenamiento que enfatiza aspectos diferentes al de la rudeza, dureza, etcétera.

Así pues, esta vertiente de la relación entre trabajo y saber no encastra armónicamente como las anteriores dos que hemos mencionado. Antes bien, es visibilizada como una tensión y, a la vez, como significada, por un lado, como causa del “fracaso” escolar y consecuente “abandono” de la institución; y, por otro lado, como una característica constitutiva de la “pureza” y “salud” (moral) de los jóvenes de campo.

El significativo trabajo posibilita que se constituya un antagonismo entre campo-trabajo-esfuerzo-madrugar y ciudad-haraganería-levantarse tarde. Estos rasgos del trabajo permiten establecer una diferencia más importante, a saber, entre una forma de vida y la otra, campo y ciudad. No debe entenderse esta interpelación en el sentido de una constatación empírica, sino de una significación afectivamente construida en diferencia y oposición respecto de la ciudad.

Debemos tener presente que la interpelación de lo que denominamos como “el campo”, no se mueve en la dimensión de lo puramente racional, en los términos de un cálculo de costo-beneficio para la supervivencia. La racionalidad guarda con la afectividad una relación de extimidad, de implicancias recíprocas e inextricables. Por ello, afirmar que existe únicamente un interés por el dinero de parte de los “gringos del campo”, es perder de vista que es en el propio registro Imaginario, en el que la afectividad hunde sus raíces y se entrelaza con los registros Simbólico y Real.

(II) La emergencia de relatos fundacionales

Una de las formas en las que aparece el relato fundacional es asociada a emprendimientos familiares donde se ven momentos cristalizados. Los mismos pueden encontrarse presentes en relatos que tienen que ver con la llegada a un lugar, el establecimiento como primeros pobladores de un lugar, el inicio de una actividad agropecuaria que luego tendrá éxito, la nominación de determinados lugares, la plantación de determinados cultivos, la construcción de las primeras moradas, entre otras reminiscencias. En un análisis de las entrevistas se pueden advertir series de significantes como: *tierra, autosustentación, ecología*, y la *progenie como virtud, familia, herencia*, que serían los vectores que dan lugar a compartir emociones específicas.

En las entrevistas realizadas aparecen muestras del vínculo particular con el trabajo familiar, el cual se relaciona con la identidad del “colono”, del “gringo inmigrante” cuyo modo de ser es implica poner “el alma” en lo que se hace, con entrega al trabajo como esfuerzo. Hay una cierta continuidad entre lo fundacional de la empresa familiar y el país.

En efecto, otra forma de relato fundacional es el ligado a la *Argentina como nación agraria*. Nos referimos a relatos románticos sobre la ruralidad que suelen basarse en una época dorada, de felicidad y prosperidad, la misma implicaría un goce absoluto y la posibilidad de retornar a ella promueve la solidaridad comunitaria. Consideramos que este fantasma consolida la identidad y aviva el deseo de la “vida rural”. Esto aparece fuertemente ya que son los ecos del relato liberal hegemónico que se ha impuesto a lo largo de los siglos por vía de la educación oficial, y la serie de mitos, narrativas, fiestas, próceres nacionales y conmemoraciones que se realizan por añadidura. Como señalan Verónica Giordano y Waldo Ansaldi, desde una perspectiva liberal de los hechos históricos, se le adjudica a la actividad agropecuaria todos los méritos de la inserción de Argentina en el mercado mundial. Eso al precio de consolidar sucesivos modelos de dependencia con respecto a las potencias mundiales. (Ansaldi y Giordano, 2012: 629)

Trazado este panorama, hay que hacer la salvedad del dato innegable que representa la riqueza de las tierras, la productividad del sector primario y la importante entrada de divisas a que ha dado lugar el mismo en Argentina. Si a ello se le añaden los posibles goces parciales a que da lugar la actividad agropecuaria articulada con la ideología liberal, vemos la productividad de prácticas, ritos, costumbres y festejos a que da lugar “el campo”.

(III) La tensión Campo – Gobierno

Si se avanza en el análisis de las entrevistas en torno al Conflicto del Campo de 2008 por las retenciones móviles, se podrá apreciar cómo poco a poco se fueron estableciendo fronteras entre un Nosotros y un Ellos. Stavrakakis reflexiona al respecto señalando la preocupación por el antagonismo presente en distintas formas de nacionalismo. En este punto. “La identificación tiene lugar mediante la imposición de la otredad en la formación de una tipología bipolar de “Nosotros” y “Ellos”. Aquí revisaremos la conformación del Nosotros – Ellos apreciando cómo se empalman la nominación y la diferencia. La misma en este caso es negativa, mientras que otros procesos de identificación pueden tener diferenciaciones positivas.

Entre el sector que se identificó con el Campo encontramos las siguientes formas de autodenominarse: “el campo”, “los colonos”, “el campesino como nosotros”, “los productores”, “el productor empresario”. Los que enuncian estas formas de referirse al sector fueron trabajadores, propietarios, arrendatarios y prestadores de servicios vinculados a la actividad agropecuaria. Aquí lo interesante es ver cómo usan esos términos a veces indistintamente, y otras sin correlación con su fuente de trabajo: la expresión “no nos dejan trabajar” o el reclamo “que nos dejen trabajar”, es el modo en que se expresa la oposición a

las retenciones como medida del gobierno y la instalación de una demanda. Esto nos permite suponer que distintas posiciones se articulan en una sola, llegando incluso a incluir a sectores urbanos distantes de la agricultura, pero que se manifestaron embanderados en la consigna “Estoy con el campo” –al respecto confróntese con las publicaciones en medios de comunicación de ese período.

Si vamos más allá de una primera aproximación a las formas de definirse como una de las partes en conflicto, quienes se identifican como el Campo o los también llamados “ruralistas” despliegan un abanico de relatos que dan cuenta de su vínculo imaginario con la actividad agropecuaria.

Conclusiones

Nuestro recorrido estuvo animado por la conjetura acerca de la constitución y la intervención política de los sujetos como “*procesos guiados antes por identificaciones afectivas, imaginarias, que a su vez encuentran su argamasa en el tejido cultural de una presunta comunidad, que por itinerarios de la racionalidad*”. Hemos buscado indicios de una matriz cultural cuyo reconocimiento permite, a nuestro juicio, analizar más cabalmente el conflicto político que suscitó una medida de gobierno en el sector agropecuario, entendiendo que su magnitud en términos de su duración –casi cuatro meses–, la multiplicación de cortes de ruta y la resonancia política, no se dejan comprender solamente por la naturaleza de los intereses en pugna, ni siquiera por la crisis de abastecimiento y circulación en las rutas que las medidas de protesta –incluyendo el *lock out* empresario– supusieron.

Si bien la teoría social ha brindado numerosas herramientas para explicar la construcción de hegemonía, en este caso particular, resulta necesario profundizar la indagación en otro tipo de aspectos que permitan dar cuenta de una serie de confluencias y diferenciaciones inéditas, que pueden parecer contradictorias y aún paradójicas.

En efecto, los estudios sobre el desarrollo productivo agropecuario en la Argentina muestran hasta qué punto la transformación tecnológica ocurrida en los '90, por un lado, y el impacto de la crisis que supuso el vertiginoso descenso de los precios internacionales de los granos, por otro, impactaron en la modalidad productiva del sector, cuya tendencia principal es la del monocultivo de la soja y la concentración de las unidades de producción con la desaparición progresiva de los pequeños propietarios y la emergencia de grandes empresas bajo la forma de *pooles* de siembra. Desde las primeras etapas de la organización de nuestro país podemos reconocer la diferencia entre los chacareros o colonos, y los estancieros o la burguesía terrateniente; pero, como se ha dicho aquí, hoy la figura del *productor agrario* está lejos de asimilarse sin más a la del campesino, es decir, existe una heterogeneidad constitutiva –polarizada, incluso– entre grandes y pequeños, con una diferenciación a escalas de la distribución de la renta agraria.

Sin embargo, el modo en que se generó el efecto de frontera en la demarcación entre el “nosotros” y el “ellos” –“campo” vs “gobierno”– dio lugar a una conflictualidad que unificó una diversidad inédita expresada en la “mesa de enlace”, cuyas figuras más emblemáticas eran la Federación Agraria, espacio histórico de los pequeños productores con la Sociedad Rural, de la más rancia tradición terrateniente. Logró reunir a todos bajo la rúbrica de “el campo” bajo la que fue posible borrar las diferencias históricas, apelando a rasgos identitarios propios de “los más desfavorecidos”. El antagonismo, pues, planteado como guerra de intereses, a nuestro juicio, no resulta suficiente para comprender la operación discursiva que hizo posible ese proceso en tales términos.

Nuestro esfuerzo estuvo dirigido a reconstruir los rasgos de una matriz cultural-afectiva, un proto-relato, capaz de operar de soporte a procesos identificatorios que, entramado en la discursividad, produce con eficacia cierta unificación. Así pues, las entrevistas realizadas a personas vinculadas al sector, de distintos modos, pero vivencialmente, nos han permitido rastrear indicios fuertes que echan luz sobre ciertos aspectos significativos y abonan la hipótesis que tenemos acerca de la producción social de sentido.

En síntesis, el significante “campo” se puede encadenar al menos a dos series distintas, una ligada a la imagen de lo rudo-duro de la vida rural, sacrificada; otra ligada a cierta relación feliz y de proximidad con la naturaleza, tranquila y cansina. Ambas series se oponen a la vida de la ciudad cómoda y confortable, pero ajena al ritmo de la naturaleza. Hay a la vez una configuración ética y estética del “hombre de campo” que cultiva la tierra, noble, sencillo, austero, sin educación; por oposición al “hombre de la ciudad”, cuyo cultivo es el de la educación formal, menos noble, interesado en el confort. Como se ha dicho, tal encadenamiento no se opera a partir de argumentos racionales conscientes sino como imágenes difusas que ofrecen precarios puntos de “cierre” de la significación pero que son tan poderosos como para borrar significados contradictorios bastante evidentes. Por citar sólo un ejemplo relativo al enorme crecimiento tecnológico: la maquinaria agrícola de hoy dispone de computadoras, sistema GPS y cabinas con aire acondicionado.

Tres puntos nodales hemos identificado como huellas de esta matriz cultural, a saber, el *trabajo*, la emergencia de *relatos fundacionales* y el reclamo de un reconocimiento en términos de la oposición *campo-gobierno*, más allá del conflicto en cuestión. De los tres, sin duda, el punto de mayor densidad es el del *trabajo* no sólo por la enorme proliferación de matices a los cuales aparece ligado, sino porque está implicado en los otros dos. El significante trabajo está ligado a la transmisión generacional familiar y al mantenimiento de la herencia. Dicha herencia aparece asimismo en relación con “los abuelos gringos”, la imagen del colono que “vino a hacer la Argentina” en términos del relato fundacional, asociado al “granero del mundo” y a “la gallina de los huevos de oro”, y en cierta afinidad con “el gaucho”, afinidad que desdibuja la antigua oposición gringo-trabajador/gaucho-vago. En relación a la oposición campo-gobierno, a su vez, aparece un reclamo de reconocimiento a esta ética del trabajo y del lugar fundacional-fundante en el deslizamiento de “los que hicieron la patria” a “los que alimentan al país”.

Las imágenes que conforman este proto-relato permiten, precisamente, “poner en relación”, anudar elementos significantes heterogéneos en una misma configuración de sentido, habilitando lugares de identificación precarios y al mismo tiempo tan poderosos como para presentar una unificación coherente y autoevidente, creíble y aceptable.

La eficacia política de un relato –como puesta en relación– se puede explicar más allá de la disponibilidad de recursos simbólicos interpretantes, por la intervención del registro imaginario que desde la experiencia encarnada como vivencia puede suturar la brecha en un significado, seleccionado, asociando o discriminado. En ese sentido, pues, el registro imaginario ofrece una superficie más estable, difícil de conmovir con argumentos racionales, en la que podemos ubicar plenamente el papel de la afectividad y que, a nuestro juicio, nos ayuda a comprender esta revuelta de significados capaz de hacer de un conflicto sectorial un hecho de magnitud nacional.

Notas

1. Caletti, S. dirección de los PID 3114, 1994-1997; PID 7/CO52 1997-2000, y PID C3098 2005-2009- Facultad de Ciencias de la Educación - SCyT UNER. También la serie de proyecto UBACyT en torno a marxismo y psicoanálisis, bajo su dirección.
2. Cf. Pêcheux, M., *Hacia una análisis automático del discurso*, Gredos, Madrid, 1978.
3. INTA. Boletín Económico. Año II. N° 4, 2010
4. INDEC. Censo Nacional de Población y Vivienda 1991 y Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001.
5. A propósito, ver Rigotti, S. “Opinión pública y procesos de identificación: pistas para su investigación”, en *Revista Question*. Revista especializada en Periodismo y Comunicación. Vol. 1, N° 33

Verano 2012. ISSN: 1669-6581. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Páginas 249-263. URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1338>.

6. Cf. Caletti, S. (2009) *Exploraciones*. FCE UNER
7. En términos de Laclau y Mouffe diríamos que se trata de momentos del discurso ideológico que se sostiene en un punto nodal específico y que establece los elementos que excluye.
8. Entrevista ER 10. Pp. 4.
9. Entrevista ER 09. Pp. 7.
10. Entrevista ER 08. Pp. 10.
11. En el sentido en que Michel Foucault emplea el término. Al respecto, cf. entre otros: FOUCAULT (1989). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 17ma. edición (ed. or. 1975). Traducción de Aurelio Garzón del Camino; (1996). *La Verdad y las Formas Jurídicas*. Gedisa Editorial S. A., Barcelona (ed. or. 1973); (2007). *El Poder Psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires (ed. or. 2003). Traducción de Horacio Pons; (1980). “El ojo del poder”, en Bentham, Jeremy. *El Panóptico*. Ediciones de La Piqueta, Barcelona.
12. Entrevista ER 08. Pp. 18.
13. Entrevista ER 04. Pp. 9.

Bibliografía

- ANSALDI, Waldo (1990). “Cosecha roja. La conflictividad obrera rural en la región pampeana, 1900-1937”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, Año 27, N° 79, pp 47-72.
- BALSA, Javier (2006). *El Desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- BARSKY, Osvaldo y DÁVILA, Mabel (2008). *La rebelión del campo. Historia del conflicto agrario argentino*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana S.A.
- GONZÁLEZ, Horacio. (2011). *Genealogías. Trabajo y violencia en la historia argentina*. Rosario, Homo sapiens.
- GRAS, Carla (2010). “Actores agrarios y formas de acción política en la Argentina contemporánea. Un análisis a partir de los grupos de ‘autoconvocados’ en la región pampeana”, en R. Aronskind y G. Vommaro (comps.). *Campos de batalla. Las rutas, los medios y las plazas en el nuevo conflicto agrario* (pp. 279-312). UNGS-Prometeo, Buenos Aires.
- OSSANNA, Edgardo (coord.) (2009). *Sobre Viejos y Nuevos Saberes. Educación, Trabajo y Producción en la Provincia de Santa Fe*. Laborde Editor, Rosario.
- ALTHUSSER, Louis (1984). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires (ed. or. 1970). Traducción de Alberto J. Pla y José Sazbón.
- CALETTI, Sergio (2009). *Exploraciones (Discurso, política, subjetividad)* (inédito). Informe final de Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea, PID 3098, FCE, UNER, 2006-2009.
- LACAN, Jacques (1995). *Seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- LACLAU, Ernesto; MOUFFE, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Siglo XXI Editores, México DF.
- PÊCHEUX, Michel (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Editorial Gredos, Madrid (ed. or. 1969, 1975). Traducción de Manuel Alvar Esquerria.

- SERCOVICH, Armando (1977). *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario. Ensayos semióticos*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión SAIC.
- STAVRAKAKIS, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Fondo de Cultura Económica de Argentina SA, Buenos Aires (ed. or. 2007). Traducción de Lilia Mosconi.
- Žižek, Slavoj (2003). *El sublime objeto de la Ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI (ed. or. 1989). Traducción de Isabel Vericat Nuñez.
- CENSO NACIONAL DE POBLACIÓN, HOGARES Y VIVIENDAS 2010: *Censo del Bicentenario. Resultados Definitivos, Serie B nº 2. Tomo 1*. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 2012.
- CENSO NACIONAL DE POBLACIÓN, HOGARES Y VIVIENDAS 2010: *Censo del Bicentenario. Resultados Definitivos, Serie B nº 2. Tomo 2*. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 2012.
- HABERMAS, Jürgen (1986). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Ediciones de Gustavo Gili, S.A. de C. V, México (ed. or. 1962). Traducción de Antoni Domenech con la colaboración de Rafael Grasa.
- GADAMER, Hans-Georg (2007). *Verdad y Método. Volumen I*. Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca (ed. or. 1975). Traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael Agapito.
- PEIRCE, Charles Sanders (1999). "Qué es un signo" (ed. or. 1894). Traducción castellana de Uxía Rivas. Sin responsable editorial. Link: <http://www.unav.es/gep/Signo.html> [consultado el 15/03/2014].